

2021



**XXI CERTAMEN DE CUENTOS DR LUIS
ESTRADA**



PRIMER PREMIO

Esa orilla donde nadie deja de ser quien es

Rubén Mayoral Fernández

La muda presión de los latidos débiles de mi corazón martilleaba mis sienes, convertida en la prueba veraz e irrefutable del transcurso de un tiempo que se agotaba sin remedio. Me había sentido invulnerable, al igual que todos los anteriores días de mi vida, dueña de un contrato sólido e imperecedero con la vida. Siempre pensé que cuando llegase el momento sabría afrontarlo con dignidad, así que respiré hondo y decidí irme serena, en silencio, a pesar de que nunca había creído en otra deidad que no fuese la solidaridad humana. Entre la luz vespertina que se reflejaba sobre la superficie pulida del lago, busqué tu sombra, dirigiéndose hacia las barcas. Lloré de alegría, sabedora que estabas a salvo; y lloré de pena, ante la certeza atroz de no volverte a ver. Lloré, hasta que todo se apagó. Desperté aturdida, retornando desde la noche brumosa de la inconsciencia. Distinguí tu rostro ante mí, aunque algo que no habíamos compartido había torneado tus rasgos de ébano de forma lastimera, hundiendo tus ojos color chocolate entre los surcos desconocidos de noches desveladas, de falta de esperanza y de pánico a la soledad. Volví a admirar tu sonrisa de marfil y esos labios generosos que me habían enamorado con pasión ciega. Luché desafortunadamente por volver a ti, desterrando la sensación de fragilidad que se había apoderado de mi cuerpo deslavazado. Nos encontrábamos al otro lado del lago Tanganica, en el centro de Médicos Sin Fronteras de Bujumbura, en Burundi. La memoria se mostraba esquiva como pavesas lanzadas al viento tras el incendio y mi cerebro se asemejaba a un caserón en ruinas lleno de estantes vacíos y desordenados. Ansiaba recuperar mis recuerdos, pero no deseaba volver a admitirlos todos, sino sólo aquellos que no pudieran herirme más. No deseaba volver a recuperar a la adolescente que naufragaba una y otra vez en un océano proceloso de frustraciones y sinsabores, aprendiendo que ser homosexual suponía un motivo de burla y marginación por parte de aquella monstruosa galería de espectros que aún hoy día me produce espanto.

Y gracias a esa lucidez que brotó del espanto, decidí que yo no soportaría más aquella tragicomedia grotesca y huí en busca de la solidaridad entre los corazones. La encontré trabajando para Médicos Sin Fronteras, en este hermoso lugar a orillas del Tanganica, uno de los últimos jirones del paraíso, bullicioso, atávico, donde las desgracias del alma se disuelven entre la bruma porque la vida muestra continuamente otras prioridades más acuciantes, donde quien transita solo no llega muy lejos. Un lugar desamparado, cuya belleza agoniza fagocitada por el fuego contumaz de la crueldad humana. En este lugar te conocí, flor de ébano y marfil. Una doctora burundesa, huérfana de un genocidio, criada en los campos de refugiados de Uganda, capaz de salir adelante y estudiar medicina, tan comprometida con sus semejantes como yo siempre había soñado. Nos amamos y nos fusionamos en dos mitades inseparables de un único fruto dulce y jugoso, sin ambages, sin prejuicios, de forma pura y pasional. Juntas, continuamos desempeñando con dedicación inagotable esta vida de sacrificio, llena de altibajos y sinsabores, que las dos habíamos elegido. Agradecí estar a tu lado, tan lejos de todo y tan cerca de ti, saboreando con deleite la soledad de nuestra compañía mutua en la cima de aquel risco sobre el abismo, a medio camino entre el último paraíso terrenal y el más atroz de los infiernos. Lejos de España, de esa muchedumbre idólatra, capaz de asumir el coste de la tragedia siempre y cuando ésta se mantenga lejos de su cotidianeidad y no trascienda los límites de su televisor.

"Fue en Kivu del Sur, al otro lado del lago", me susurraste con dulzura. Tus palabras, como la primera y misteriosa frase que abre una novela concentrando toda la historia en sí misma, actuaron como el fulminante que induce una detonación espantosa de recuerdos extraviados, que volvieron a mí como dardos envenenados.

Fue en Kivu del Sur, en la República Democrática del Congo, al otro lado del Tanganica. Viajábamos por recónditas zonas rurales dentro de la campaña de vacunación itinerante contra la epidemia de sarampión.

Nos adentramos en un corazón de las tinieblas multicolor, donde la belleza deslumbrante de sus mujeres se convierte a menudo en el genuino germen de su desgracia. Las violaciones sistemáticas y el secuestro de muchachas jóvenes para convertirlas en esclavas sexuales por parte de los guerrilleros, son liturgias tan frecuentes y endémicas en Kivu como la malaria. Refugio de su hospitalidad, degustamos tazas de té humeante en torno al crepitar susurrante de las hogueras bajo las estrellas, escuchando historias de mujeres supervivientes de la más atroz de las pesadillas. Repudiadas, mutiladas o viendo crecer los frutos de sus vientres mancillados, sólo encuentran consuelo en su espiritualidad, mezcla colorista de ritos católicos y creencias ancestrales. Nos embebimos del drama como sólo puede hacerse cuando se le mira de cerca y se perciben todos los descarnados matices de la crueldad humana.

Yo era la jefa de misión y violé todos los preceptos de seguridad, pensando que podríamos hacer más por ellas, que el peligro no iba con nosotras. Desoí los avisos que nos llegaban ante la escalada guerrillera en la zona. Sólo la suerte nos salvó. Cuando nos atacaron, estábamos cerca de un embarcadero. Sólo yo resulté herida y nunca podré agradecerlos lo suficiente que volvierais por mí, salvándome la vida después de haberos puesto en peligro a todos. Me equivoqué cuando decidí prolongar nuestro raid por Kivu, ante la necesidad obsesiva de arropar aquellas mujeres, acreedoras de una deuda impagable de la que toda la humanidad es culpable. Arriesgué más de lo admisible.

Me comporté como una blanca engréida en busca del reconocimiento ajeno.

Restablecida, abandoné el hospital y me sumergí en una obsesiva y pragmática búsqueda de respuestas a las dudas que ensombrecían mi conciencia. Era una exitosa jefa de misión en Médicos Sin Fronteras.

Fue entonces cuando tú me pediste que te jurase que nunca más volvería a cruzar el lago rumbo a la República Democrática del Congo. Elevaste la apuesta, arrojaste nuestro amor al tapete verde de aquella ruleta de la vida en la que yo me empeñaba en seguir jugando, aún a riesgo de perderla. Y yo no respondí. Me encerré en un mutismo pernicioso, arrasada por el oleaje de mis dudas. Me resistía a comenzar una nueva página en blanco, aunque fuese en la unión inextricable de nuestro amor. No sé si mi silencio respondía al egoísmo o era alguna extraña forma de cobardía. Aún hoy, soy incapaz de saberlo.

Con nitidez premonitoria recuerdo el día en que embarqué con la flotilla rumbo a Baraka, como responsable de la evacuación de nuestro personal en Kivu del Sur. Al partir, estrechaste mis manos con la misma compasiva firmeza con que lo habías hecho durante mi convalecencia, liberándome de tu petición. Lágrimas furtivas surcaron tu rostro como pétalos marchitos, húmedas señales de un corazón que no soportaba la idea de perderme y te quedaste en aquel embarcadero, viéndome partir en busca de esa costa inhóspita y salvaje, en busca de la guerra y la vorágine, de las víctimas inconsolables de la tragedia; haciéndote pequeña mientras sollozabas y te hundías en un mar de angustia inconsolable. Tomamos tierra en Baraka cerca del campo de fútbol. La ciudad estaba siendo saqueada impunemente sin que los soldados congoleños hiciesen nada. Merodeaban por la plaza los primeros milicianos ciegos de aguardiente y hachís, exhibiendo sus armas y su vileza. Huyendo de ellos, cientos de refugiados se habían congregado en el campo de fútbol, buscando un ápice de esperanza.

Repartimos ayuda humanitaria entre los refugiados, mientras se acomodaban los pacientes y el personal local de Médicos Sin Fronteras en las menguadas embarcaciones. Yo recorrí el campo de fútbol atestado, abriéndome paso entre rostros aterrados, que sabían mejor que nadie lo que se avecinaba.

En silencio, resignados, suplicaban socorro con el abismo vacío de ojos desorbitados, pálidos abismos, voluntades sin esperanza. El horror descarnado que se gestaba allí era el espejo de todas mis culpas. Mujeres jóvenes y hermosas abrazaban a sus retoños inquietas. Me pregunté cuántas de ellas perecerían aquella misma noche, tras ver a sus hijos partir secuestrados para engrosar las huestes de la guerra; cuántas se convertirían en los mismos espectros demacrados que yo había conocido en las aldeas de Kivu; cuántas serían violadas, desangradas, mutiladas por las bestias salvajes que ya merodeaban el lugar, ansiosos por desatar su violencia caníbal.

¿Una sola? ¿Podía irme dejando una sola allí, abandonada a la más atroz de las suertes? No tuve la cabeza fría y volví a crearme dueña de ese contrato imperecedero con la vida. Comencé a arrastrar niños y mujeres hacia la playa, pastoreando aquel torrente humano de desesperación tras de mí. Los militares burundeses me gritaron "no", cuestionando mi cordura. Tenían razón, en las embarcaciones atestadas no cabía un alfiler más. Aquella congregación de inocentes en la playa no tenía sentido alguno. Era mejor dispersarlos en la esperanza de que el holocausto de unos pocos saciase el apetito de las alimañas y el resto pudieran ganar la salvación.

No pude hacerlo, porque en esa orilla nadie deja de ser quién es. Ordené que soltaran amarras sin mí e informasen de nuestra situación, rogando volviesen más embarcaciones al día siguiente en nuestra busca. Yo trataría de huir con la gente hacia el norte. Si caíamos en manos de los guerrilleros, siempre podrían negociar con mi vida. Una doctora blanca es algo muy valioso para las mafias, el gobierno español pagaría millones de dólares a cambio de mi vida. Hice gala de un optimismo indestructible incluso en los confines del desastre, creyéndome capaz de embelesar a aquella banda de forajidos ebrios de sí mismos. Me equivoqué.

Los botes zarparon hacia el noreste, hacia la otra orilla. Sonaron disparos y todo el mundo echó a correr. Sobresaltada, sentí un fuerte golpe en la espalda que me hizo caer al suelo de costado, como si me empujaran. Ya no tuve fuerzas para incorporarme. Sujeté mi abdomen y vi una amapola, el agujero de salida de una bala por la que se escapaba un torrente de sangre. Los últimos reflejos anaranjados del día naufragaron entre mi consciencia y todo se apagó. Y ahora hago inventario de todo este tiempo transcurrido, de esta prórroga de la vida que el destino me concedió y te pido perdón por no haberte escuchado, suplicando que esta luz que me ciega, que me deja pensar pero me impide ver y sentir, sea sólo una parte del final de la vida, un final que espero sea largo y me permita volver a tu lado.